

gar a la admiración y respeto por el trabajo de la Dra. Higgins. Por lo que toca a una crítica de las ideas cabe señalar que el libro tiene un carácter esencialmente expositivo: la autora presenta las actividades de las Naciones Unidas y las opiniones de los juristas sin pronunciarse a favor o en contra de ellas. En consecuencia el valor del trabajo reside en la originalidad y amplitud del material expuesto y no en las teorías sustentadas. Pero, se podría criticar la ausencia de consideraciones que hubieran contribuido a esclarecer el problema de las contradicciones e incertidumbre que dominan el Derecho internacional contemporáneo. La misma autora señala en el prólogo: "existe una relación básica entre Derecho y política". Mas, a lo largo de la obra la jurisdicción triunfa sobre la visión política y no encontramos, por ejemplo, un análisis valorativo de la práctica de las Naciones Unidas tomando en cuenta que frecuentemente sus decisiones finales han sido motivadas por circunstancias políticas derivadas del dominio que ciertos bloques pueden ejercer dentro de la organización. Evidentemente, ello no resta valor a la presentación objetiva de un material de gran valor documental. Queda para el lector interpretar, a la luz de las características políticas del organismo mundial, el verdadero alcance y significado de la costumbre internacional en los órganos políticos de la ONU.

OLGA PELLICER DE BRODY,  
*de El Colegio de México*

Jorge ALVAREZ (Ed.): *Nasserismo y marxismo*. Gamal Abdel Nasser, Hassan Riad, Ali Salim, Luciano Romagnoli, Anuar Abdel Malek, Maxime Robinson. Trad. de Liliane Isler y Raúl Francia, Buenos Aires, 1965, 221 pp.

En Egipto, como por lo demás en los distintos países árabes, el pensamiento político no es, todavía, sino una serie de confusas oscilaciones entre los temas islámicos y la concepción del mundo marxista. Así se explican, en cierta forma, tres de los cinco estudios que se reúnen en esta obra dirigida por Rogelio García Lupo, aquellos que corresponden a tres teóricos egipcios: Hassan Riad, Ali Salim y Anuar Abdel Malek, lo mismo que el Mensaje del Presidente Nasser sobre socialismo árabe, pronunciado en 1964, y que, precediendo a los anteriores ensayos, constituye la más completa actualización ideológica de la revolución egipcia. Los otros dos, que corresponden a Luciano Romagnoli, italiano, y Maxime Robinson, francés, terminan por equilibrar el conjunto, si bien analizan

el movimiento del 23 de julio de 1952 muy de fuera y de una manera excesivamente esquemática.

El problema de la unidad en la explicación del fenómeno y las conclusiones definitivas queda en pie. No podía ser de otro modo, puesto que la situación que se analiza tiene mucho de contradictorio y de cambiante en una evolución que todavía no termina; y cada uno de los autores ha sido seleccionado porque trata de explicar y de definir, bajo distintos ángulos, la misma realidad egipcia. Éste es uno de los méritos de la obra. El otro consiste en puntualizar un tema que es común a los seis autores: la naturaleza del socialismo, o más bien, que criterios objetivos son válidos en nuestro tiempo para calificar a una revolución de socialista.

Hassan Riad sostiene que la sola estatalización no es suficiente para configurar a un movimiento revolucionario de socialista, si falta un control organizado de las masas populares y una ideología conforme a los intereses del pueblo, así sea a largo plazo.

Anuar Abdel Malek señala que sólo puede hablarse de socialismo cuando sean los representantes de las fuerzas populares los que dirijan la vida económica y política de un país, y cuando el crecimiento económico y la planeación desarrollen los sectores de los bienes capitales.

Ali Salim, por el contrario, se inclina por defender la posibilidad de vías múltiples y pacíficas de tránsito al socialismo y sostiene que la estatización del conjunto de los medios de producción modernos y la sola planificación de la economía industrial, deberían bastar para definir al socialismo.

El Presidente Nasser habla de socialismo árabe cuando afirma la nacionalización del 80 % de los bienes de producción y haber limitado los latifundios a 100 feddans por familia. Asegura, por otra parte, que el socialismo es el camino hacia la libertad social y que ésta no puede darse fuera de la democracia sana que reposa, a su vez, sobre las tres condiciones siguientes: 1º, estar libre de toda explotación en cualquiera de sus formas; 2º, tener igualdad de oportunidades para una justa participación en la riqueza nacional; 3º, estar libre de todo temor que amenace la seguridad del futuro en la vida.

Luciano Romagnoli admite que la religión puede ser un componente filosófico, moral y político de la revolución socialista y que por lo tanto, puede convertirse en un sostén para su desarrollo, pero tiene mucho cuidado de señalar que la religión no puede, ni debe, sustituir a la doctrina política como sucede equívocamente en el socialismo árabe.

Maxime Robinson, en fin, postula que las ideologías socializantes se vinculan al mito del Estado con predominio proletario en marcha hacia una sociedad sin clases.

Es indiscutible, como se desprende del conjunto de la obra, que el comunismo egipcio radicalizó la vida política egipcia, polarizó las ideologías y se atrevió a cuestionar nuevamente las tradiciones. También es cierto, como lo resiente Hassan Riad, que en última instancia ha predominado el pensamiento de Sayyid Qutb que confunde en su odio la dominación extranjera y los valores culturales del mundo moderno. De esta manera se ha salvado el Islam y particularmente el Sunnismo, la corriente legalista de aquél, que se opone a toda revisión de las tradiciones en materia religiosa. Pero no debe olvidarse que en toda revolución los hechos van imponiéndose a las intenciones y que los hechos, en este caso, no son sino el resultado de las intenciones subconscientes colectivas en un juego libre de fuerzas. La revolución egipcia no ha terminado y es prematuro calificarla de fascista o de comunista, si bien existen elementos para inclinarla en uno o en otro sentido. Tampoco debe olvidarse que estamos asistiendo, como lo pronunció recientemente Georges Balandier, a una desoccidentalización del marxismo, lo mismo en China que en Cuba, lo mismo en el África negra que en el mundo árabe de Ben Bella y de Nasser.

MANUEL MAS ARAUJO,  
de El Colegio de México

Jean-Baptiste DUROSELLE: *L'Europe de 1815 à nos jours. Vie politique et relations internationales* (Nouvelle Clío. L'Histoire et ses problèmes, n<sup>o</sup> 38), Paris, Presses Universitaires de France, 1964. viii + 397 pp.

Si la colección "Clío" es insustituible para los historiadores —aunque sea necesario completarla con bibliografías recientes— la "Nouvelle Clío", dirigida por los profesores Lemerle et Boutruche, viene a llenar el hueco donde se encuentran los estudiantes universitarios que buscan en la historia lo que corresponde a "l'état des problèmes" de la *Revue Française de Science Politique* o los "memoranda" de Chatham House para la ciencia política, es decir, un estudio en el que se indiquen las fuentes bibliográficas más importantes y cuáles son los principales problemas tratados o en proceso, así como las tendencias más importantes de la investigación.

*L'Europe de 1815 à nos jours*, se ciñe a estos límites y los atraviesa en más de una ocasión: es imposible hablar hoy de